

Intensidades
de una huidiza
experimentación
vital. Lila Caimari.
Mientras la
ciudad duerme.
Pistoleros, policías
y periodistas en
Buenos Aires,
1920-1945.
Buenos Aires:
Siglo XXI, 2012,
243p.

Licenciada en Letras (UNLP), becaria de investigación en Conicet, actualmente realiza la carrera de Doctorado en Letras (UNLP) con el tema "Nuevos modos de escritura a partir de los vínculos entre vanguardia estética, vanguardia política e industria cultural: la Revista Multicolor de los Sábados"

Contacto: mariamascioto@gmail.com

María de los Angeles Mascioto

Tanto desde los estudios literarios, por una parte, como desde la historia cultural argentina, por otra, entre fines del siglo pasado y el presente ha comenzado a desarrollarse poco a poco una revisión de la década de 1930. Más allá de los sucesos económicos y políticos que la definieron como “década infame”, se la ha comenzado a considerar en el marco del período más amplio de entreguerras (1925-1945) como un momento en el que se establecieron importantes contactos entre la literatura culta y los géneros de consumo popular (Gramuglio, 2001) y en el que se comenzó a construir la identidad de los sectores populares porteños a partir de un desarrollo de los medios masivos, de las actividades culturales barriales y de un vuelco hacia el entretenimiento, apoyado por la presencia de la radio, del cine, de los bailes (Romero, 1995). El último libro de Lila Caimari presenta un conjunto de ensayos que de alguna manera continúan con estas líneas de complejización de los años treinta, mediante el análisis de la estrecha relación que se forjó entre las prácticas delictivas y policiales en los barrios porteños y un conjunto de representaciones literarias y periodísticas del delito. El período en el que se asienta este libro no sólo se vincula con un momento de intensificación de la violencia política sino, más particularmente, con el surgimiento de nuevos modos de violencia asociados al desarrollo y la comercialización de tecnologías modernas, como el automóvil o las armas, que utilizarían primero los delincuentes y luego la policía.

Como en las investigaciones que le preceden (Caimari, 2004 y 2007), en este nuevo ejemplar se establece un importante vínculo entre las transformaciones urbanas y la manera como fueron interpretadas por el periodismo y por la literatura. Así, no faltarán en sus páginas las voces de escritores como Roberto Arlt, Jorge Luis Borges, Manuel Gálvez, Leopoldo Lugones, y la alusión a distintos periódicos y magazines hallados en los archivos de la policía porteña, que conformaron la base documental de su investigación. Caimari vincula de manera original el desarrollo de la tecnología y el surgimiento de nuevas formas de violencia con una serie

MARÍA DE LOS ANGELES MASCIOTO

de cambios en las notas del crimen de los diarios masivos, entre los cuales el sensacionalista *Crítica* asumiría un papel primordial. La historiadora observa una evolución que va desde las causas célebres (publicadas hasta los años veinte, cuya figura principal era la del criminólogo, en las que se hacía referencia a un crimen privado y se prestaba una particular atención al pasado biológico de los criminales) hasta el desarrollo, a partir de 1925, de un nuevo tipo de nota del crimen, propia de los periódicos amarillistas, en la que el periodista se convertía en detective. Nota orientada hacia la espectacularidad, donde el carácter visual adquiriría un mayor protagonismo gracias a la inspiración en nuevos lenguajes como el cine y la historieta, y donde cobraría relevancia la *performance* tanto de bandidos como de policías.

En los dos primeros ensayos se detallan los vínculos entre un tipo de crimen moderno, de alta visibilidad social y gran potencial de espectacularización, y el surgimiento de novedosos modos de narrarlo. El primer capítulo, “Pistoleros”, se detiene precisamente en esa nueva forma de asalto diurno, que contaba con testigos y con varios elementos escénicos, y cuyos móviles principales fueron el automóvil y el revólver, ambos muy promocionados por la prensa masiva. Estas tecnologías vanguardistas habrían concedido al delincuente una mayor velocidad en la huida, lo cual habría generado, a su vez, un más alto nivel de su profesionalización (la conformación del “hampa”), al tiempo que habría promovido una renovación de los códigos de la violencia masculina y un cambio en sus representaciones, ejemplificado en la nostálgica evocación al cuchillero de arrabal en la literatura de la época. Por otra parte, el surgimiento de las ametralladoras se vincularía con otro tipo de lenguaje moderno: la llegada del cine de *gangsters* y el desarrollo del cine sonoro. El segundo capítulo, “Lenguajes del delito”, se abre con la reconstrucción fotográfica y periodística de un crimen y se caracteriza por presentar una gran cantidad de imágenes (fotografías, dibujos, historietas) que habían formado parte de diarios y revistas populares de la época, lo que precisamente deja ver al lector actual la importancia

que había adquirido el entretenimiento en la crónica policial, y sobre todo, la adopción de numerosos recursos de Hollywood, la identificación de los delincuentes con estrellas de cine, la proliferación de representaciones gráficas, todo lo cual habría permitido que la veracidad de la noticia perdiera importancia ante su espectacularidad. Principalmente se destaca un nuevo interés de la crónica por la manera como se llevaba a cabo el asalto diurno (cuáles eran las armas, los autos, los cómplices de los delincuentes) más que por la psicología de quien lo efectuaba. Así, la década de 1930 se identifica como una época en la que la literatura policial, la historieta y el cine hollywoodense comenzaron a influirse mutuamente, al tiempo que aportaron recursos a la nueva crónica del crimen.

A partir del capítulo 3 podemos identificar un segundo núcleo temático vinculado al modo como los cambios en las tecnologías afectaron las representaciones del orden, sobre todo en lo respectivo al rol de la policía en la ciudad, para lo cual se retoman las ideas foucaultianas en torno al territorio y la población. A diferencia de los capítulos anteriores, en esta parte del libro, que se inicia con el ensayo titulado “La ciudad y el orden”, se hará referencia a periódicos no tan estelares y se explicitará una marcada orientación hacia una historia de la policía enmarcada en lo cotidiano y en el espacio público bonaerense, aspectos en los que podría observarse una continuidad entre las décadas de 1920 y 1930. Caimari identifica la búsqueda de un nuevo tipo de orden urbano y un cambio en la imagen desacreditada de la fuerza policial. El capítulo 4, “Detectar el desorden”, indaga las relaciones entre los cambios tecnológicos, el crecimiento de los barrios y la representación que los medios hacían de la policía. Se observa particularmente cómo los diarios y revistas alimentaron el espectáculo de la preservación del orden y su eficacia mediante la propaganda de la nueva policía profesionalizada, de las nuevas adquisiciones de automóviles patrulleros y de equipos de radio. Al mismo tiempo, se analiza el surgimiento tanto de programas de radio como de magazines propios de esas fuerzas

MARÍA DE LOS ANGELES MASCIOTO

en los que, frente a la modernización, se recordaba con nostalgia al policía de barrio. Otra de las imágenes propagadas por los diarios, que continuaría hasta nuestros días, fue aquella que separaba el orden de la ciudad de Buenos Aires, cuidadosamente conservado por esa nueva policía modernizada, del desorden propio de los suburbios y del Gran Buenos Aires, tal como se estudia en el capítulo 5, “Los lugares del desorden”, donde también se indagan las maneras como los discursos ficcionales construyeron distintas interpretaciones del centro y del barrio: “Sus sentidos cristalizan en el tango, las ficciones folletinescas y el cine de los años treinta: el centro es sofisticado, brillantemente extravagante [...]; el barrio es familiar, acogedor, modestamente industrioso” (Caimari, 2012,158).

El último ensayo, “Mientras la ciudad duerme. Policía e imaginación social”, se detiene en las distintas representaciones de esta fuerza en el período de entreguerras, desde la denuncia del maltrato policial en *Crítica* hacia 1920, que habría ocasionado una separación entre pueblo y policía, pasando por la consolidación de la figura del vigilante de la esquina o bien de la imagen corporativa de la “familia policial” en revistas como *Magazine Policial* y *La Gaceta Policial*, hasta la configuración del policía héroe que protegía a los ciudadanos de todos los peligros de la ciudad moderna, imagen fomentada por diversas revistas y programas de radio.

Lejos de considerarse los años treinta como una etapa yerma, en este libro la historia de los pistoleros y los policías en el período de entreguerras se encuentra estrechamente imbricada con una proliferación de discursos periodísticos, literarios y cinematográficos, que generaron modernas formas de interpretación orientadas, principalmente, hacia el entretenimiento. Buenos Aires se piensa como una ciudad moderna, compleja, cuyas prácticas y representaciones han cambiado.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Caimari, Lila. *Mientras la ciudad duerme. Pistoleros, policías y periodistas en Buenos Aires, 1920-1945*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2012.

_____. *Apenas un delincuente, Crimen, castigo y cultura en la Argentina, 1880-1955*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2004.

Caimari, Lila (org.) *La ley de los profanos, Delito, justicia y cultura en Buenos Aires (1870-1940)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007.